

## CAPÍTULO IV

### CONTINUACIÓN DE LA ACCIÓN ORATORIA

#### I

#### Idea de la gesticulación.

La gesticulación es la expresión de los pensamientos y de los afectos por medio de las actitudes y movimientos del cuerpo. La gesticulación, complemento de la voz, aumenta y realza la fuerza de la expresión.

El orador romano decía que todas las partes del cuerpo son otras tantas cuerdas destinadas por la naturaleza á expresar por medio de sus movimientos las afecciones del ánimo, y como un lenguaje universal y común á todos los hombres, puesto que todos lo comprenden. Fórmese, pues, el predicador una idea exacta de aquellos gestos que sirven naturalmente, no sólo para dar á conocer, sino también para transmitir á los demás, como por simpatía, el amor, el odio, la piedad, la indignación, y, en una palabra, toda clase de conmociones, ya afectuosas, ya vehementes y en todos los grados de que son susceptibles, y una vez que posea este conocimiento, procure acostumbrar el cuerpo á practicarlos.

#### II

#### Partes de la gesticulación.

Importa sobre manera, al presentarnos en el púlpito, evitar todo lo que pueda chocar á la vista del auditorio;

y así, una posición mala del predicador basta para distraer la atención de muchos, y aun para excitar una sonrisa burlona, que no dejará de influir en el efecto del discurso. Por el contrario, una buena posición, en que la modestia vaya unida á la dignidad, previenen siempre á favor del que habla.

La gesticulación en particular consiste principalmente en la *actitud del cuerpo*, en la *postura de la cabeza*, en el *semblante*, en los *ademanos de los brazos y de las manos* y en la *colocación de los pies*.

El *cuerpo* ha de estar derecho: *status erectus et celsus* (1), evitando echarse hacia atrás con orgullo ó permanecer demasiado recto como esos hombres de una sola pieza de que habla Epicteto: *incedunt quasi veru deglutissent* (2). Esta actitud es además favorable al juego de los pulmones.

La cabeza, que ocupa el primer rango entre las partes del cuerpo, igualmente le ocupa en la gesticulación, como dice Quintiliano (3). La cabeza se levantará con modestia cuando se dirija á Dios ó á los Santos, cuando se hable del cielo y de todo lo que inspira júbilo; se debe inclinar en la tristeza, en las narraciones lúgubres, en la confesión de las propias debilidades, evitando, no obstante, cuando se alza, imitar el movimiento de las aves. Se debe mostrar firme cuando se afirma, se exhorta ó se reconviene; se debe volver para rehusar, para mostrar horror ó aversión.

Importa mucho que el predicador no tenga la cabeza demasiado alta, porque esto sería señal de orgullo; ni inclinada, porque sería muestra de indolencia; ni habitualmente baja, porque esta posición quita toda dignidad; ni muy derecha é inmóvil, pues esta postura tiene

(1) *De Orat.*, LIX.

(2) Citado por Kleutgen, obra citada.

(3) Lib. XI, cap. VIII.

algo de desagradable. Ha de evitarse también hacer con la cabeza movimientos descompuestos ó aparentar quererla ocultar entre los hombros ó sostenerla con la mano, lo cual daría un aire de abandono.

El predicador debe permanecer descubierto cuando el Señor está expuesto, y si no hay manifiesto descubrirse al nombrar á Jesucristo, y cuando se hace una invocación á Dios, á su Santísima Madre ó á los Santos, y á veces en la peroración. En todos estos casos deberá tener el bonete en la mano izquierda, absteniéndose de accionar con ella.

El *semblante* es uno de los principales medios de la acción para expresar la alegría ó la tristeza, el desaliento ó la confianza, la amenaza ó la súplica, el entusiasmo ó la indignación: todas las pasiones, en fin, tienen en él su papel; es como un lienzo, en el que la naturaleza expresa los sentimientos del alma: *sunt in ore omnia*, dice Cicerón (1).

Todos los países, sin distinción de idiomas; todos los hombres ignorantes ó ilustrados, saben leer en el semblante los sentimientos del alma. También suele hablarse con el semblante con mayor eficacia que el más elocuente discurso, como dice San Bernardo.

Pero el poder del semblante reside principalmente en los ojos: *oculos natura nobis ad motus animorum declarandos dedit*, pues que, según el objeto que se expresa, deben aparecer vivos, tranquilos, penetrantes, centelleantes, etc.; pero debe evitarse el tenerlos cerrados, así como también dejarlos vagar de un objeto á otro ó tenerlos constantemente fijos en un solo punto.

Los *ademanos de los brazos y de las manos* sirven para indicar el tiempo, el número, los lugares, las personas, etc.

Así como las ramas forman los adornos y la belleza

(1) *De Orat.*, lib. III, 221.

del árbol, de la misma manera los brazos y las manos, en lo que respecta al orador, son el ornamento del cuerpo, y sus movimientos una parte principal de su acción.

Acercas de sus movimientos, conviene guardar las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Es preciso ser sobrio en los ademanes, saber decir ciertas cosas tranquilamente y no mover los brazos, sino cuando el discurso debe ser animado. Ciertas pasiones se expresan más con el juego de la fisonomía que con las manos.

2.<sup>a</sup> Los ademanes deben preceder siempre á la palabra, porque el ademán es mucho más pronto que la frase.

3.<sup>a</sup> Los ademanes deben estar siempre en armonía con la voz, seguir su graduación y progreso y caer con ella al fin de los períodos.

4.<sup>a</sup> La mano derecha debe siempre dominar el gesto: su movimiento comienza por el lado izquierdo y acaba en el derecho; mientras está en acción, la otra mano debe apoyarse en el púlpito ó hallarse extendida por el pecho. La mano izquierda no debe accionar casi nunca, y nunca sola; los movimientos perpendiculares en línea recta de arriba á abajo, que parece que cortan el aire con la mano, raras veces son buenos; los oblicuos son, en general, los más graciosos.

5.<sup>a</sup> En el principio deben escasearse los ademanes y no multiplicarlos sino á medida que el discurso se anima. Conviene alzar la mano en la exclamación y en la admiración; echarla hacia fuera para repeler; acercarla á sí mismo para atraer; extenderla inmóvil para pedir atención; replegarla sobre sí para señalar la reflexión, y llevarla al corazón para expresar el calor del sentimiento. Las manos juntas indican sumisión, cuando se las baja adoración, respeto y súplica cuando se las eleva, y dolor profundo cuando el orador las tiene delante de sí. Refieren de Massillon, que solía cruzarlas

sobre el pecho con admirable efecto. Los brazos extendidos y abiertos indican la bondad que acoge; un brazo rendido é inmóvil caracteriza el poder y la fuerza. Los movimientos de las manos han de nacer del hombro y no del codo.

Conviene no menos que seguir estas reglas, evitar ciertos defectos. Un ademán demasiado regularizado sería una falta en ciertos sitios del discurso: los impulsos patéticos requieren una especie de desorden y no permiten una regularidad muy esmerada.

Al gesticular ha de evitarse extender los brazos con vehemencia como un luchador; alzar las manos sobre los hombros ó bajarlos por bajo la cintura; abrir los dedos, contar los argumentos con ellos, moverlos con ligereza, presentar el puño cerrado y cubrirse con la mano el semblante ó la boca; levantar ya una mano ya otra con cierta simetría, como si se moviesen por un resorte; llevar compás en ciertas cadencias con la voz, con la cabeza y las manos; palmotear y golpear el púlpito, ni imitar las acciones de aquellos de quienes se habla.

Debe evitarse también el afán de componerse el traje y arreglarse el cabello; todas estas y otras muchas acciones más ó menos indeliberadas, más ó menos indecorosas, son vicios de que debe corregirse el predicador.

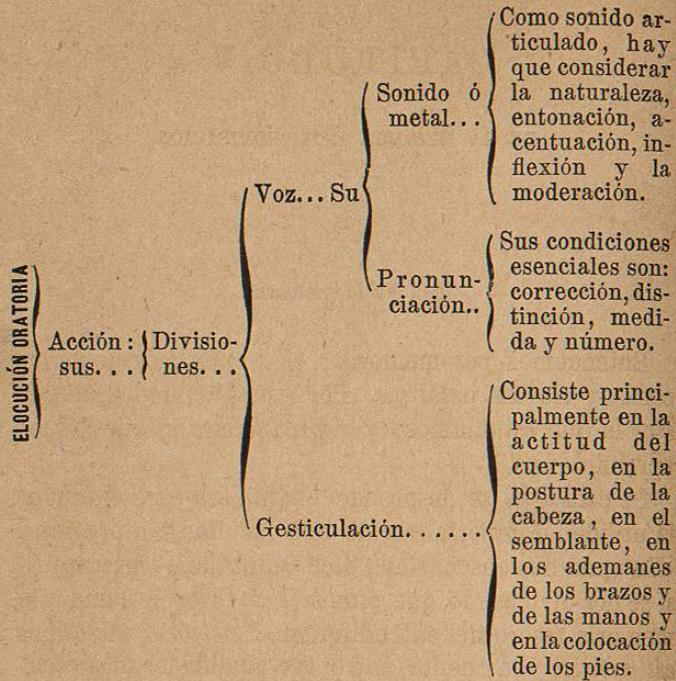
Por último, la *colocación de los pies* hay que tenerla también en cuenta. Los antiguos que habían analizado las bellezas hasta en sus detalles al parecer más insignificantes, sabían cuánto influye en el continente del que habla en público el arte, en la apariencia insignificante, de afirmar las bases del cuerpo y de asegurar sus movimientos: *in pedibus*, dice Quintiliano, *observantur status et incessus*. En efecto, si no tiene la precaución de sentar bien los pies un orador, no puede tener seguridad, aplomo, nobleza, gracia ni firmeza.

Colóquense, por consiguiente, los pies en la postura en que mejor sostengan el peso del cuerpo, la cual nos parece ser aquella en que se adelanta un poco el derecho para afirmarse en él al inclinarse, pues se adapta perfectamente á la posición perpendicular del cuerpo, que es la más natural y que mejor sienta al orador. Sin embargo, cuando éste tenga que dirigirse á la izquierda de su auditorio, y llevar hacia aquel lado todo el esfuerzo de su cuerpo, ha de ser el pie izquierdo el que se adelante.

No nos oponemos á que el predicador pase de una parte á otra del púlpito, siempre que se haga de tarde en tarde y con oportunidad, pero reprobamos con Cicerón el pasearse por él ó correr de un lado á otro, pues tiene no poco de teatral, y, por consiguiente, de afectado.

Antes de terminar esta materia, no podemos menos de repetir que la gesticulación debe guardar consonancia con las ideas y afectos y con las circunstancias de edad y carácter del orador; debe ser, en fin, moderada, y en el predicador del Evangelio edificante.

## Cuadro analítico de la acción oratoria.



## CAPÍTULO V

## DE LA MEMORIA É IMPROVISACIÓN

## I

## Idea de la memoria.

Entendemos por memoria, el recuerdo firme de las cosas y de las palabras. Por esta facultad *aprendemos* lo que estudiamos, y *reproducimos* lo que hemos aprendido.

De esta idea se desprende cuánta sea para el orador la utilidad é importancia de una facultad tan preciosa. «En vano nos enseñarían, dice Quintiliano, preceptos, si se nos olvidase lo que oímos (1).» Cicerón llama á la memoria tesoro del entendimiento: *memoria thesaurus est mentis*; y la cuenta entre las cualidades más esenciales para la carrera del foro, donde, sin embargo, es menos necesaria que en el púlpito. Sin buena memoria, ¿qué sería de los predicadores que llevan sus sermones aprendidos al pie de la letra? Un ruido, la más leve distracción, ó cualquiera de esos chascos que son tan frecuentes, bastarían para perder al predicador y sofocar al auditorio.

El que sabe bien su discurso tiene la gran ventaja de poderse entregar á todos los movimientos de la acción; pero el que por no estar seguro de su memoria se para, vacila y va como mendigando las palabras, manifiesta

(1) *Inst.*, 11, 1.º

desde luego que no habla poseído del asunto, y no es más que un autómatas que no despierta ni un afecto en sus oyentes y pierde el fruto de sus sudores y de sus discursos. Por esto Massillon, á quien no había favorecido el cielo con este privilegio, preguntado cuál era el sermón de que estaba más satisfecho, contestó: «Aquel que mejor sé de memoria.»

Guárdese, por consiguiente, el orador, de recitar su discurso hasta que lo posea completamente, hasta que esté tan seguro de la memoria, que pueda, si es necesario, quitar, posponer ó añadir una idea, un ejemplo ó un cumplimiento, sin temor de perder el hilo de los pensamientos, sin necesidad de descuidar el estilo y con la confianza de enlazar naturalmente y hasta con gracia lo nuevo á lo que llevaba aprendido.

De la memoria necesitan así los que han de recitar los discursos al pie de la letra, como los que predicán valiéndose de algunos apuntes, y aun los que improvisan. Mayor es el peligro de los primeros; menor el de los segundos; los últimos pueden temer las distracciones; todos corren peligros.

Nadie duda que la memoria es una facultad natural: *hujus boni naturam esse principem* (1); pero el arte puede, si no crear la memoria, al menos educarla y perfeccionarla. No hay memoria tan firme que pueda retener con facilidad todo lo que se aprende; no hay memorista que, puesto en el púlpito, no tema alguna distracción en la ocasión más solemne; no hay memoria tan mala que no se mejore con el ejercicio. «No hay cosa que crezca tanto con el cuidado, ninguna se disminuye y apoca tanto con la negligencia», dice Quintiliano (2).

(1) Cicerón: *De Orat.*, lib. II, 87.

(2) Se dice que los antiguos conocieron un arte para desarrollar la memoria, al cual llamaron *mnemónica* ó *mnemotecnia*.

Para ayudar á la memoria pueden aprovechar las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Ejercitarse desde joven, y con frecuencia, en aprender literalmente con una rigurosa exactitud y en recitar largos trozos de los poetas y de los oradores, sin cambiar nada las expresiones ni los giros de estos modelos.

2.<sup>a</sup> Agregar á la memoria de las palabras la de las cosas: esto es, comprender bien el sentido de lo que se aprende de memoria, estudiar el enlace de las ideas y clasificar bien en el espíritu las divisiones de una obra, de un trozo de historia, de un discurso, etc.

3.<sup>a</sup> El arte principal de ayudar á la memoria consiste en la ordenada disposición de las cosas. Mucho más fácil es retener una cosa que muchas, y las cosas bien relacionadas llegan á formar una sola.

4.<sup>a</sup> Ayuda muchísimo á la memoria escribir el discurso, pues lo escrito se graba mejor en el ánimo que lo leído ú oído solamente.

5.<sup>a</sup> Aconseja Quintiliano que se pongan al margen de los lugares más principales algunas notas ó señales que llamen la atención, v. gr.: si se habla de náutica una áncora, si de guerra una flecha, etc.

6.<sup>a</sup> Es muy conveniente también aprender el discurso en los borradores.

7.<sup>a</sup> Aprovecha también, como dice Fabio, siendo largo el discurso, aprenderlo por partes, pero éstas no muy pequeñas.

8.<sup>a</sup> Debe ser el lugar solitario para no sufrir distracciones y poder recitar en alta voz.

9.<sup>a</sup> El tiempo más oportuno es por la mañana, aunque también es bueno por la noche antes de acostarse; pues así como la comida se convierte por la noche en alimento, del mismo modo lo aprendido es alimento de la inteligencia. «La naturaleza, dice M. Vetú, continúa y acaba en silencio lo que había principiado la memo-

ria: hace prosperar aquella simiente y sorprende ver que al despertar se sabe bien lo estudiado. Lo que la víspera nos parecía tan extenso que no cabía en nuestra mente, parece que se reduce de modo que el discurso, sin perder ninguna de sus partes, se encuentra sin esfuerzo ni opresión en la memoria.»

Añadiremos, para terminar este artículo, que la sencillez y naturalidad del estilo, y hasta los caracteres en que está escrito, son segura garantía de la fidelidad de la memoria.

## II

### Idea de la improvisación.

Existen dos especies de improvisación: la una absoluta, que consiste en hablar en una ocasión imprevista, ó acerca de un asunto en que no habíamos tenido tiempo de pensar; y otra relativa, que consiste en pronunciar un discurso, cuyo fondo y cuyas principales partes han podido prepararse.

El hombre de estudios serios y reflexivos, el hombre de profunda meditación, cuando habla de concepto, lo hace mediante largas preparaciones, por lo cual decimos que en materias científicas no hay verdadera improvisación, al menos en el sentido estricto de la palabra.

La improvisación es un trabajo rápido de la inteligencia y la voluntad; trabajo que ha de estar basado en la lógica y el buen sentido, y requiere método, claridad y energía, y sin estas cualidades, hablar con facilidad equivale á no saber hablar, al menos tratándose de la predicación, punto exclusivo á que nos concretamos.

Subir al púlpito sin haber pensado antes lo que se ha de decir, será siempre la mayor insensatez. Acostumbrarse á tener dominio sobre sí mismo, á dominar la cátedra de la verdad, dejarse llevar de los impulsos de la convicción y del entusiasmo, esto es laudable. Pero si el discurso bien pensado, como dice Cicerón (1), debe ser mejor que el que se improvisa, con igual fundamento podemos afirmar que el discurso escrito será mejor que el pensado.

Sin embargo, lejos de rechazar la *improvisación* en el púlpito, deseamos que se llegue á ella; lo grave en este particular es anticiparse. La aptitud de improvisar, si bien es el fruto de grandes trabajos literarios y debe poseerla el perfecto orador, es muy reprehensible hacer de ella un uso imprudente y temerario.

Conviene tener presente que la improvisación no se acomoda igualmente á toda clase de discursos, y que si por ventura no ofrecen graves peligros al improvisar los de formas sencillas, como son las instrucciones, ejercicios espirituales y misiones, los tiene grandes tratándose de asuntos que requieren todo el decoro, esplendor y grandilocuencia de que es susceptible la palabra divina. Sin embargo, por si alguna vez se encuentra el orador en la necesidad de improvisar ó se le da poco tiempo para disponer su discurso, le aconsejaremos que escriba y aprenda de memoria lo siguiente: 1.º, el pensamiento del exordio, y mejor si puede, todo el exordio; 2.º, la proposición y sus partes, si las tuviere; 3.º, todas las pruebas en su orden, y con sus correspondientes textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres; 4.º, las principales figuras y transiciones; 5.º, las aplicaciones á las costumbres; 6.º, los lugares donde deben excitarse más particularmente los afectos; 7.º, la idea, ó sea la imagen de la peroración.

(1) *De Orat.*, I, 33.

En fin, para llegar á improvisar, es preciso ejercitar mucho el talento de la palabra en las aulas, en las conferencias, en las enseñanzas privadas y públicas; es necesario recoger antes el fruto de largas vigiliass y haber manejado mucho los Libros Santos, y leído mil veces los expositores sagrados. Estos ejercicios, que deben preceder á la improvisación, son ciertamente muy penosos; pero la perseverancia todo lo consigue; esta virtud es como un árbol que tiene la raíz amarga, pero muy dulces los frutos.

## CAPÍTULO VI

### DE ALGUNOS EJERCICIOS PARA ADQUIRIR LA ELOCUCIA

Comprendemos en este capítulo, no sólo los medios para adquirir estilo propio, sino también todos aquellos que de algún modo facilitan el uso de la elocuencia. Entre estos medios, los más principales son: la lectura, apuntes, escritura, traducción, declamación, imitación y sermonarios.

#### I

##### Lectura y apuntes.

La *lectura* nos familiariza con los grandes maestros. Los modelos que para esto nos hemos de proponer se han de elegir con mucho cuidado, porque leyendo malos libros se adquieren resabios cuyo remedio es muy difícil. Conviene también que estos modelos sean en reducido número, para que la lectura sea atenta, juiciosa y reflexiva, no olvidando el precepto de que *non multa sed multum legere oportet*. Entre los buenos modelos elegidos para lectura, deben preferirse los que tengan mayor analogía con nuestro genio, inclinación y gusto; pues por feraz que sea un terreno, no puede ser á propósito para toda clase de producciones, y el buen agricultor cuida siempre de confiarle las semillas que mejor convienen á su calidad y circunstancias.

No de otro modo se han formado los grandes oradores. Las lecturas, por otra parte, despejan el entendi-